

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Órgano del Asilo para pobres transeuntes :: Publicación mensual.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos de ellos, de otra manera no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así cuando haces limosna no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres: en verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Para que tu limosna sea en oculto; y tu Padre, que ve en oculto, te premiará. Y cuando oréis, no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en sus sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres: en verdad os digo recibieron su galardón. Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando orareis, no habléis mucho, como los gentiles, pues piensan que por mucho hablar serán oídos. Pues no queráis asemejaros a ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester antes que se lo pidáis.

(S. Mateo, cap. 6.º, v. del 1.º al 8.º)

Un rato de charla.

Yo no sé, querido Mendigo, si mis deshilvanados renglones del

número anterior, habrán podido interesarte; sé solamente, que te prometí charlar contigo de vez en cuando y no quiero faltar a la palabra empeñada.

Te hablaba allí de que los pobres, como todos los demás individuos, desde el más alto hasta el más bajo, tenéis *deberes que cumplir* y hoy quiero descender a señalarte alguno de ellos en particular.

Ni tengo plan determinado, ni pretendo ocuparme por orden riguroso, de los que pueden considerarse como más importantes; dejaré correr la pluma sencillamente, y como he dado a estas líneas el carácter de carta, aquello que primero se me ocurra, será el objeto de nuestra conversación.

Yo quisiera por un momento trasladaros a otra esfera distinta de la en que vivís, para que juzgarais vosotros mismos la impresión que en la sociedad produce la persona que adolece del terrible defecto de la soberbia.

Podrán adularla los que la rodean, sobre todo si es rica y de ella pueden obtener algún favor, porque hay muy pocos que sepan sustraerse a la adulación y a la hipocresía; pero si esperáis a verla desaparecer del círculo de amigos que la lisonjeaba, oiréis enseguida las censuras más acerbas contra su orgullo desmedido y el desprecio más vivo de su altanería y de su presunción.

Y es que no hay nada tan repulsivo como el hombre soberbio;

nadie tiene motivos para serlo, pues ni las riquezas, ni el talento, ni la hermosura (bases ordinarias en que se funda), son dones propios, sino regalos gratuitos de Dios, quien puede disponer a su antojo de ellos, y prodigarlos hoy a unos y mañana a otros, sin que nadie pueda atribuirse el más mínimo derecho a poseerlos.

Pues si ni el rico, ni el sabio, ni el dotado de hermosura física tienen motivos para ser soberbios, si merecen las más acres censuras y todos se apartan de su lado con disgusto, ¿puedes explicarte, querido MENDIGO, que haya pobres que lo sean? ¿Cabe en cabeza humana que el que necesita de todos, el que se ve obligado a tender la mano para que le socorran, el que carece de lo más indispensable para la vida y tiene que implorarlo de los demás, se presente con altanería y con arrogancia, provocando el enojo en lugar de la compasión?

Hay cosas que si no se vieran no podrían creerse, y, sin embargo, estamos presenciándolas todos los días. Pobres orgullosos que, al pedir limosna, lo hacen en forma tan poco a propósito, que quitan el deseo de socorrerlos o hielan en los labios la negativa dulce y suave, cuando no es posible depositar en su mano la limosna que solicitan; no hablemos del pobre irascible que, al no satisfacer su demanda, devuelve un insulto grosero o una horrenda maldición. ¡Desgraciados! Olvi-



dan que se cazan más moscas con miel que con hiel, y que si en cualquiera produce un efecto deplorable la contestación destemplada, en boca de un pobre mendigo es algo tan monstruoso que no se puede concebir.

Quiero creer que tú y la mayoría de tus compañeros de infortunio, habéis venido a ese estado tan triste por adversidades de la suerte; pero decidme: ¿no conocéis a muchos que se lo han labrado por su propia mano?

¿Y no pueden pensar un momento siquiera que el único modo de sobrellevar su desgracia, merecida o no, es el de mover a compasión a los que de alguna manera pueden enjugar sus lágrimas?

Si alguno de nosotros se dirige a un sitio determinado, seguramente elegirá el camino que le conduzca directamente a él: no creo que a ninguno se le ocurra ir en dirección opuesta. Pues yo puedo asegurarte que el resorte más seguro de obtener el alivio de vuestras necesidades, es el de presentaros con modales humildes y suaves ante vuestros prójimos; nada llega más al corazón de los que pedís, que vuestras palabras dulces y respetuosas: estad seguros de ello.

En la frente del pobre que pide con humildad, en la del que se resigna con la negativa a su petición, hay algo tan grande, que inspira, cuando menos, el respeto a su infortunio y el deseo de aliviarlo. Si en alguna ocasión determinada no puede hacerse (que no siempre se tienen medios disponibles para ello), se busca con preferencia en otra, al que nos cautivó con su paciencia y resignación.

Hay, por último, un argumento de tanta fuerza, que por sí sólo basta para convenceros de que *no debéis ser soberbios*.

Pensad por un momento que queráis o no, tenéis que soportar vuestra vida llena de privaciones: *en vano querréis mudar vuestra suerte, porque bien sabéis que eso no depende de vosotros*. Entonces, suavizad vuestro camino, no lo hagáis más duro de lo que ya es en sí; no enconéis vuestras heridas con la irritación, que sólo consigue apretar a vuestro cuello el dogal que os oprime; acordáos de que el Rey de los pobres, entre sus sublimes máximas, predicó y enseñó con el ejemplo la de «aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón».

Os saluda cariñosamente,

CARIDAD.

Nuestro Director.

Con licencia del Rvmo. Prelado ha salido, el 2 de este mes, nuestro amadísimo director, para el Santuario del Castañar, de Béjar, con el doble fin de practicar los santos ejercicios y permanecer después una temporada en aquella bellísima residencia, en busca de alivio a su quebrantada salud.

Cuantos esfuerzos habíamos hecho en años anteriores, para que adoptara idéntica resolución, se estrellaron ante su invariable respuesta: «*Esta casa de barro está atendida con demasiada solicitud, pero se agrieta considerablemente; la vida es breve y nos quedará una eternidad para descansar.*»

Pero esta vez se muestra dócil como un niño. Al preguntarle la causa de un cambio tan repentino, nos dijo: «Descansaré todo el tiempo que sea menester; una prestigiosa persona, que ama con delirio la obra de los pobres y ha puesto a su servicio su corazón de fuego, abrasado en la caridad

para con mis mendigos, me ha suplicado, con lágrimas como perlas, que cuidara de mi salud un poco más; me amenazó después con quejarse a Cristo Jesús, de mi resistencia y ha ordenado sus oraciones a este fin: me veo obligado acceder, porque parece clara la voluntad de Dios: ya habéis visto que sólo llevo en mi maleta el breviario y las obras de Santa Teresa.»

Quiera el Señor que regrese muy mejorado para los trabajos que le esperan, al abrirse de nuevo el Asilo.

“Visita domiciliaria”.

—Permitidme, noble señora de X, que aprovechándome de la audacia prodigiosa que la caridad infunde, os haga una «visita domiciliaria».

No me mueve el deseo de recorrer los lujosos aposentos de vuestra vivienda, ni los magníficos muebles que los adornan, ni la finísima, completa y ordenada lencería que, con tanta satisfacción me mostraríais. No, a donde quiero subir es a aquel «desván», a aquel «cuarto de desahogo», en el que tal vez hace diez años que no habéis entrado, contentándoos con decir a una sirvienta: «Llevad esto al cuarto de los desechos».

—Ved, ved cuánta cosa amontonada: muebles viejos, desunidos por el tiempo y cubiertos de polvo; vestidos pasados de moda, a los cuales devoran las polillas en el interior de este destrozado armario; cobertores, girones de colchón, pedazos de alfombra descoloridos, utensilios de cocina ya inservibles...

¿Qué os aprovecha todo esto? ¿Váis a venderlo? No por cierto, no os atreveríais; ¡luego, os da-

rían por ello tan poco dinero! Conservarlo, de nada os serviría. Escuchad: imaginad que cambiáis de domicilio; ¿no es verdad que en ese caso solemos poseer demasiadas cosas, o más bien dicho, excesivos estorbos? Pues bien: llevemos todas esas superfluidades al admirable «montepío» de Dios, apellidado la «Casa de los Pobres», donde puede caberos la certidumbre de que os darán más del «tres por ciento».

—¿Sabéis de qué modo distribuirían vuestro arrinconado ajuar esas «casas de los pobres»?

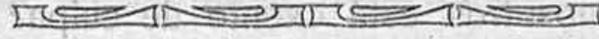
Esa vieja silla de brazos, mediante algunas pesetas, la harán entapizar y reforzar para que sirva de lecho de reposo a un anciano enfermo; esos otros muebles, un tanto restaurados, harán la alegría de una familia; aquellos vestidos usados y aquellos trozos de lienzo que, por proceder de vos, pueden ser todavía remendados, formarán el principio de la guardarrópía de un matrimonio joven, y ese tapiz viejo se convertirá en un cobertor... Lo que no pueda utilizarse lo venderemos y su producto proporcionará algunas satisfacciones a los pequeñuelos, que pasarán menos triste el invierno.

No podéis imaginaros el gozo que uno siente al privarse de un objeto material, de un vestido, por ejemplo, para que lo disfrute un pobre. Es como un «lazo» entre ese pobre y nosotros, que nos hace participar de todas sus oraciones y de todos sus méritos. Parece que Dios no puede pensar en él sin pensar en nosotros; que no puede amarlo sin amarnos.

Además, Dios siembra indefectiblemente en nuestro corazón

una alegría a cambio del objeto material de que nos hemos despojado para los pobres.

(Del libro *Arenas de Oro*).



Carta abierta.

A mi queridísimo amigo y hermano en el sacerdocio, don Abel Peregrín.

He leído y meditado el hermosísimo artículo que publicaste en EL MENDIGO el pasado mes de Mayo, con el título «¿Se podrían fundar otros Asilos?»

De él copio las siguientes líneas:

«Esta abundancia de ingresos, limosnas, donativos, capaces de cubrir gastos, si llegó a la suficiencia, es porque abundó el sacrificio, el desprendimiento, la organización, el duro trabajo de su autor. ¿No podría don Luis dedicarnos un capítulo de sus ingresos personales en la obra? Porque ahí estriba, en ese secreto el que tan sumo bien se difunda y se propague. La necesidad es evidente, la conveniencia y utilidad manifiestas.»

Te debe mucho la obra, para que no responda yo a tu requerimiento.

Voy, pues, a decirte, con la sinceridad que me caracteriza, la verdad desnuda.

Para dar la primera tanda de ejercicios a los pobres transeuntes, utilicé para comedor las casas consistoriales, cedidas generosamente por el señor Alcalde y concejales de este pueblo y para cocina, una casa que tenía cerrada la virtuosa feligresa doña Otilia González, y que se apresuró a ofrecermé sin más interés que hacer esa obra de caridad. Dios se lo pague a todos.

Me percaté en el acto, de que

necesitaba local propio para estar en continua comunicación con los pobres de Cristo, y sin dilación *reuní todo mi capital*, que había ido quedando en manos de honradísimos feligreses de los dos pueblos en que había estado de Párroco. En el acto llamé a un maestro de obras y prometió darme las llaves de mi codiciado Asilo, a primeros de Agosto de 1916.

El presupuesto ascendía a 2.210 pesetas y mis economías de veinte años de vida parroquial, en iglesias de buenos rendimientos, a 1.950. La diferencia era bien pequeña y con las mensualidades de Agosto, Septiembre y Octubre pagué la cantidad estipulada. Al bautismo de fuego, verdaderamente horrible, que tuve que sufrir en cuanto publiqué las primeras hojitas dando a conocer mi obra, había sucedido un período de relativa tranquilidad; pero la tempestad arreció de nuevo y vino aquella famosa letanía: *Loco, Quijote, aventurero, innovador, protestante, neurasténico, desequilibrado, cerebro huero, anarquista y cinismo*. (Supongo que querrían llamarme *clínico*). Por aquellas kalendas me visitó un respetable señor, que, tomando lenguas de unos y de otros, vino, compadeciéndose mucho de mí, a decirme que desistiera del intento. Empleó tres horas de vigorosa argumentación, sin que yo desplegara los labios. Creyó que había ganado la batalla y terminó diciendo: «en fin, ya ves que todo el mundo está contra ti en esta empresa: ¿tienes todavía algo que objetar?»

—No, señor; después de oír a usted, estoy plenamente convencido de que *debo seguir adelante*.

—¿Pretendes burlarte de mí?

—Señor, no acostumbro a burlarme de nadie: pero acaba usted de decirme que todo el mundo es-

tá contra mí en esta empresa y en ese caso debo ir por buen camino, pues usted sabe, mejor que yo, que el mundo es enemigo de nuestras almas. ¡Válgame Dios! Creí que me descalabraba con mi propio tintero y fueron inútiles mis ruegos para que aceptara una jícara de chocolate; salió de la rectoral como si le hubieran puesto un cohete a la punta de la nariz...

Poco después, la campana nos llamaba a visitar a Jesús Sacramentado; le dije aquella tarde: «Señor, puesto que todo el mundo está contra mí, te ofrezco para tus pobres mi paga del Estado, ya que para poder vivir en casa, me bastan los rendimientos de la Parroquia.

Y ahí tienes todos mis sacrificios; si el premio ha de ser en proporción a los sacrificios hechos, yo no puedo esperar premio por esto.

1.º Porque no tengo necesidades de familia.

2.º Porque la parroquia, sin ser la isla de Jauja, me da lo suficiente.

3.º Con mi crónico padecimiento del estómago, mi ordinaria alimentación se reduce a tres huevos y un poco de leche, artículos que me cuestan 50 céntimos diarios.

4.º Porque estoy convencido que para el breve viaje que he de hacer sobre la tierra, no necesito alforjas. Si muero al frente de la obra, buena muerte será; si me tengo que jubilar por enfermo, me quedarán 17 perras cada día y todavía me sobrarían siete para regalarlas a mi Asilo.

En verdad te digo, carísimo amigo, que si en vez de 4.000 reales, tuviera de paga 4.000 duros, ya estaba la Diócesis cuajada de asilos, pues como ha dicho muy bien otro entusiasta de la obra, I Poo Benito, en su áureo libro *Cró-*

nicas de un año de acción: «En esos ayuntamientos monstruosos, en esas degradaciones inauditas que sombrean el mundo de la mendicidad viandante, ¿quién de nosotros está exento de culpa? Aquellos infelices vestidos por fuera con todos los despojos y por dentro con todas las aberraciones, no saben del hogar ni de la parroquia ni de nada que sea cultivo y alimento del alma; nadie les predicó. ¿Veis ya la trascendencia social de la obra emprendida por el párroco de Valdecarros en la diócesis de Salamanca?»

Animo, pues; en otro lugar de este número verás la data; separando de ella cantidades que en adelante no figurarán, resulta que la alimentación de los mendigos ha costado 1.235 pesetas; son en cada partido judicial 50 sacerdotes; en el caso quimérico de que nadie quisiera ayudaros, tocarían cada uno para el sostenimiento del Asilo, a 24 pesetas y unos céntimos al año, o sean *seis céntimos diarios*. Por esto, a aquella pregunta tuya. «¿Se podrían fundar otros Asilos?», responde el clero de Salamanca poniendo la mano sobre su corazón y mirando al Crucifijo.

EL CURA DE VALDECARROS.

Junio 1917.

La limosna.

El ánimo que hace bien será llena de bienes y la que embriaga y harta a los otros, ella también será embriagada y recreada de Dios.

Prov. XI.

Así como el agua apaga el fuego, así la limosna resiste a los pecados.

Eccl. III.

Dad limosna de todo lo que os sobra y todas las cosas os serán limpias.

Luc. XI.

Bienaventurado aquel que trata del remedio del necesitado y del pobre, porque en el día malo librarlo ha el Señor.

Psal. XL.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Matth. V.

Juicio sin misericordia se hará contra el que no hubiese usado de misericordia.

Jacob. II.

El que da al pobre nunca se verá en necesidad, y el que menosprecia al que le pide limosna padecerá pobreza.

Prov. XXVIII.

Dad y os darán.

Luc. VI.

Donativos recibidos.

	Pesetas.
Doña Tomasa Huertos.	11
Don Juan Huertos.	2
Sr. Párroco de Villar de Peralonso.	5
Un joven distinguido, Letrado de Salamanca.	10
Don Pedro Fernández del Campo.	5
Un caballero muy amante de los pobres.	42,50
Don Constantino Moreno.	1
Don Pedro Castillo.	1
Don Lope del Castillo.	5
Una pobre de Fuentes de San Esteban.	0,25

Salamanca.—Imp. de «El Salmantino»